

Padre Roger HECKEL, S.J.

PONTIFICIA COMISIÓN «IUSTITIA ET PAX»

SELF-RELIANCE: CONTAR CON SUS RECURSOS

*Para un mundo más solidario,
y pueblos más responsables*

Documento de trabajo nº 3

2^a edición



CIUDAD DEL VATICANO 2011

SELF-RELIANCE :
CONTAR CON SUS RECURSOS

*Para un mundo más solidario,
y pueblos más responsables*

Documento de trabajo nº 3

1^a edición 1979

2^a edición

Índice

Índice.....	3
PRESENTACIÓN	5
I. LA <i>SELF-RELIANCE</i> , UN DINAMISMO REGULADOR..	9
II. EL ITINERARIO DE LA <i>SELF-RELIANCE</i>	13
1. Dominio del espacio nacional y de sus riquezas	13
2. Autosuficiencia en materia alimenticia y en las necesidades vitales esenciales.....	15
3. Economía autocentrada.....	17
4. Desarrollo endógeno.....	19
5. Independencia política	21
III. SELF-RELIANCE Y PARTICIPACIÓN A NIVEL LOCAL	25
1. La participación en la vida económica.....	26
2. El tejido de los cuerpos intermedios.....	28
3. El principio de subsidiariedad.....	30
IV. EL HORIZONTE DE LA SOLIDARIDAD	35
1. La self-reliance y la solidaridad: una tensión fecunda.....	35
2. La solidaridad es también un dinamismo regulador	37
3. Solidaridad y caridad	41

PRESENTACIÓN

Una palabra está ganando terreno dentro de la comunidad internacional en su búsqueda por un nuevo orden mundial: *self-reliance*. Palabra difícil de traducir si se quiere conservar los matices que contiene en inglés. *Contar con sus recursos* puede ser un equivalente español. Pero habría que tener presentes, a la vez, las condiciones jurídicas, — *autonomía* —, y culturales, — enraizamiento en una *tradición viva* —, de esta voluntad de responsabilidad. Usaremos, pues, la palabra inglesa, tratando de recurrir a expresiones castellanas más aptas para los diferentes aspectos que este concepto despliega al emplearse en los campos cada vez más complejos de la vida social.

En los comienzos de las «décadas para el desarrollo», se ponía el acento en la *solidaridad*. Por convicción moral y por realismo, los países ricos se sentían en el deber de ayudar al tercer mundo en su búsqueda de acceso a formas modernas de economía. Se obtuvieron resultados nada desdeñables. Pero ahora prevalece la sensación de encontrarse en un punto muerto, agravado por la crisis económica generalizada. Además, las inquietudes por el medio ambiente y por el aprovechamiento de la energía y materias primas mostraron con evidencia que es imposible pensar en una generalización de modelos de desarrollo basados en el despilfarro. Hay que reanudar el esfuerzo partiendo de bases nuevas, tanto en los países ricos como en los países pobres. Dar paso a los nuevos valores de creatividad humana que el comportamiento del pasado inutilizaba, ahogaba o impedía desarrollarse: la *self-reliance* es ante todo una necesidad, una instancia y una ambición de los países pobres.

La Iglesia ha estado activamente presente en esta evolución. Ella, hasta que ha estado en su poder, ha valorizado el empuje hacia una mayor solidaridad, iluminando sus fundamentos antropológicos, morales y espirituales; invitando a la conversión de mentalidades y a la reforma de estructuras, sin las cuales el empuje resultaría ineficaz. Pero insistía con no menos energía en la necesidad de ayudar a los pueblos para que fuesen ellos mismos los artífices principales de su desarrollo. Por este motivo, ha contribuido, por su parte, a orientar la búsqueda actual en favor de la *self-reliance*. Actualmente, se encuentra pronta y feliz de valorizar esta *self-reliance*, mostrando tanto sus fundamentos humanos como sus exigencias. Sin embargo, ella recuerda insistenteamente que la solidaridad esperada sólo se logrará a condición de que ésta persista, desde el principio, como un resorte irremplazable de la acción.

- Partimos de una observación, o sea del eco que el tema de la *self-reliance* encuentra en diversos países y en las conferencias internacionales. Tratamos de bosquejar los rasgos generales y permanentes de esta corriente de pensamiento y de acción, sin analizar en profundidad el «modelo» concreto de desarrollo *self-reliant*, que está experimentándose en éste o aquél país, y sin detenernos en las distintas construcciones ideológicas en las que el tema ha sido elaborado aquí y allá.
- Aportamos en el debate los elementos del patrimonio doctrinal de la Iglesia que pueden iluminarlo, y en contrapartida descubrir en esta confrontación nuevos desarrollos. No se trata de pasar por el tamiz de los textos del Magisterio cualquier modelo de organización social; ni de pretender reducirlos a un modelo prefabricado (Cfr. Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, nº 42). Al contrario, se trata de volver a nuestras propias fuentes, de profundizar en nuestras convicciones para vivir de acuerdo con nuestra época y escuchar sus aspiraciones. De este modo, podremos, con mayor libertad y generosidad, participar en un es-

fuerzo común compartiendo, como hombres entre los hombres, las incertidumbres, los titubeos, los afanes y los riesgos.

Corresponderá a los grupos que se adhieran a nuestra búsqueda proseguir de modo más preciso y concreto, – en el marco de las Iglesias particulares, y partiendo de sus variadas situaciones –, el análisis que aquí promovemos; profundizar y llevar a la acción las enseñanzas del Magisterio, según las directrices que Pablo VI ha dado en la *Octogesima Adveniens*, n. 4. La Comisión Pontificia acogerá con mucho gusto todas las contribuciones y sugerencias susceptibles de ampliar esta búsqueda en un momento en que la comunidad internacional se esfuerza por definir las orientaciones de una «tercera década para el desarrollo».

Cuatro puntos servirán como guía para nuestras reflexiones

1. La *self-reliance* es un elemento motor decisivo para la construcción de un nuevo orden internacional;
2. penetra y anima todos los campos de la actividad humana implicados en esta construcción;
3. se desarrolla incessantemente y encuentra su impulso en las comunidades humanas elementales capaces de autodeterminarse y autodirigirse.
4. El horizonte de la solidaridad universal hacia el cual ésta se dirige no es un objetivo lejano y estático: constituye por sí mismo una fuerza de atracción y de cohesión para los esfuerzos de los grupos y de los pueblos; es decir, este capítulo es indispensable para el equilibrio de conjunto, en una búsqueda que lo reclama como su culminación y que, desde el comienzo, brilla por su perspectiva.

I. LA *SELF-RELIANCE*, UN DINAMISMO REGULADOR

La *self-reliance* no significa un repliegue pasivo en si mismo, un aislamiento, sino una vuelta hacia el sujeto y su dinamismo. La connotación es eminentemente positiva. El alcance total del concepto aparece no tanto en el *nombre abstracto* (*self-reliance*) cuanto en el *adjetivo* (*self-reliant*), estrechamente relacionado con la palabra *desarrollo*, y que recibe de él su contenido. Se recalca, pues, el desarrollo. Pero para que haya desarrollo auténtico y no una simple acumulación de elementos extraños, debe surgir de lo íntimo del hombre, de un pueblo, de una tradición. Esta palabra pone también muy de relieve la noción de *responsabilidad*, la voluntad de un pueblo de asumir la responsabilidad principal de su desarrollo, de ser responsable y no de ser tratado de manera «paternalista». «Contar con sus recursos», esto, visto a nivel de un pueblo, es – *mutatis mutandis* – lo que la *Populorum progressio* dice de cada hombre:

En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar; su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorбado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece

siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por solo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más (*Populorum progressio*, ed. Tipografía Poliglota Vaticana, nº 15).

Para orientar la comprensión en una dirección justa, una imagen puede ayudarnos, la del *organismo viviente*; siempre que hagamos, sin embargo, las necesarias transposiciones para no hacer de una colectividad humana una especie de ser viviente superior que no respetaría el carácter personal e irreductible de cada uno de sus miembros. Aprovechando esta imagen, se puede comparar un pueblo a un organismo vivo: el cual, ciertamente, no puede desarrollarse más que en un intercambio constante con todo su ambiente, con los otros pueblos, pero – y esto es característico del ser vivo – *él lleva en sí mismo el principio vital de su crecimiento*. Este principio vital es a la vez:

- a) fuente original de dinamismo;
- b) regulador interno que integra y asimila las aportaciones externas según su ley específica de crecimiento y desarrollo; y asegura el desarrollo ordenado de todos los aspectos, materiales y no-materiales, del patrimonio de un pueblo;
- c) apertura a los otros pueblos y a una solidaridad cuyo horizonte es toda la humanidad y su universo.

Precisando todavía más el aspecto *humano* de este principio vital, diremos que se trata no ya de un principio vital propio del reino vegetal o animal, sino de un principio vital que pertenece al ámbito de la *libertad*. Sólo partiendo de una acción voluntaria y razonada, un pueblo toma conciencia de la ley de su desarrollo y la realiza como una capacidad y como un poder. La *self-reliance* es, pues, un principio vital interno que tiende a ejercerse como un poder; es la siempre creciente capacidad de un pueblo de asumir su pasado, de decidir sobre su futuro y de contribuir, sobre una

base de igualdad, a modelar el conjunto del universo y de la humanidad en la que está insertado.

La apertura a los otros y la solidaridad están presentes, pues, desde el comienzo. Son como un horizonte. Pero también como un «medio-portador»: la solidaridad hace posible y alimenta el dinamismo de la *self-reliance*. En la medida en que la *self-reliance* crece, la solidaridad también se desarrolla; se profundiza; llega a ser más consciente y voluntaria; toma cuerpo en sistemas institucionales complejos; se dota de medios que amplifican y armonizan los esfuerzos de los diversos pueblos; da cohesión, *rostro y alma* al nuevo orden internacional. Pero, precisamente el desarrollo de una tal solidaridad es esperado como el fruto del esfuerzo de pueblos que ponen en la obra común el sello de sus diversas personalidades, gracias a la *self-reliance*. Es la *self-reliance* bien comprendida, es decir, es la conjunción libre y voluntaria de los desarrollos responsables y *self-reliant* de distintos pueblos la que hace de una solidaridad de hecho, frecuentemente informe e incoativa, una solidaridad consciente, orgánica y viva, expresiva de la unidad de la familia humana.

II. EL ITINERARIO DE LA *SELF RELIANCE*

Vamos a examinar ahora más en detalle el desarrollo, la modificación y el enriquecimiento de la *self-reliance* a medida que penetra en las realidades económicas, culturales y políticas cada vez más complejas. Esta se traduce sucesivamente en las siguientes expresiones:

- *dominio del espacio* (terrestre y marítimo) en el cual está inserido un pueblo, con las riquezas de todo tipo que el espacio contiene;
- *autosuficiencia* en materia alimenticia y en las necesidades vitales esenciales;
- carácter *autocentrado* de la economía más compleja (industrial) que cada pueblo está llamado a construir;
- *desarrollo endógeno*, que sitúa al crecimiento económico dentro de una plena realización de la vocación socio-cultural de un pueblo;
- *independencia política* como abarcadora e integrante de todos los aspectos precedentes.

1. Dominio del espacio nacional y de sus riquezas

En la base del proceso de la *self-reliance*, y como condición material de sus posibilidades y expresión primera ya de su realidad está *el dominio de cada pueblo de su espacio terrestre y marítimo, con las riquezas que contiene*; el dominio de lo que la geografía pone a su disposición y confía de alguna manera a su gestión responsable: riquezas vegetales, minerales, fuentes de energía...

Este dominio implica ya una *responsabilidad*: es decir que el país se preocupe de explotar sus riquezas – o de preparar su explotación – de una manera eficaz, racional, preparando así el futuro. De ahí, problemas del medio ambiente, de la polución, de la reserva de espacios marinos colindantes que otros pueblos, hoy mejor equipados, tratarían de explotar en su provecho.

Esta reivindicación a favor de la apropiación *particular* – de cada nación — de riquezas que en realidad son *patrimonio común de la humanidad*, se apoya en el argumento tradicionalmente utilizado para justificar la apropiación *privada* de bienes que además son *patrimonio común de la nación*: zona de libertad para cada pueblo contra las necesidades apremiantes y, sobre todo, contra la injerencia indebida de otros pueblos o de un poder mundial abusivo; zona de responsabilidad y de explotación eficaz, contraria a una gestión individualizada muy pronto burocratizada y acaparada por los que dominarían las estructuras mundiales: en breve, condiciones de posibilidades de una verdadera *self-reliance*. Todos los gobiernos conservan este lenguaje, cualesquiera que sean, por otra parte, las ideologías a las que se adhieran. De hecho, se trata de un principio de organización social que tiene un valor permanente. Ayer como hoy, la Iglesia reconoce su validez. No obstante, recuerda con insistencia su función social. En nuestro anterior folleto ***El destino universal de los bienes***, hemos demostrado que el principio supremo del destino universal acompaña y rige toda apropiación particular, incluso nacional; y que, además, exige el respeto o la reconstitución de patrimonios comunes donde se expresa y se educa una solidaridad más inmediata de los pueblos, especialmente por lo que concierne a la altamar. (Ver *infra*.)

2. Autosuficiencia en materia alimenticia y en las necesidades vitales esenciales.

La *self-reliance* como *proceso dinámico*, a tenor de lo que acaba de verse, comienza con el esfuerzo de un pueblo por alimentarse y por satisfacer sus necesidades vitales esenciales, materiales y espirituales: salud, *habitat*, vestidos, alfabetización. A este nivel, la *self-reliance* significa una relativa pero real *autosuficiencia*, esto es, que cada pueblo pueda producir en la mayor proporción posible su propia alimentación y reducir al mínimo su dependencia de los otros respecto a sus necesidades vitales más esenciales.

De este modo, un pueblo se asegura *un espacio de libertad contra la necesidad*: pasa el umbral más allá del cual puede verdaderamente desarrollarse su aventura humana. Se asegura *un espacio de libertad contra la injerencia de los otros países*. Sólo países ya ricos y poderosos – como Inglaterra en el siglo pasado –, pueden permitirse el lujo de depender de los otros para su alimentación sin hipotecar irremediablemente su libertad y su dignidad. Ciento que – y es uno de los rasgos positivos de la vida internacional actual – los casos extremos de penuria alimenticia suscitan movimientos solidarios de gran amplitud. Pero la dependencia alimenticia habitual constituye una carga muy pesada para los países pobres, solícitos en reequilibrar su balanza comercial, y los expone a la presión política e ideológica de los que los ayudan.

Un proceso *self-reliant* exige que, *dentro de cada pueblo* respectivo, se preste una debida atención a las grandes *masas rurales* que, en el tercer mundo y, globalmente, en todo el mundo, constituyen la mayoría de la población; que sean potenciadas sus técnicas, sus marcos socio-culturales, su nivel de vida y sus formas de solidaridad tanto tradicionales como modernas. De otro modo, la economía resquebraja el tejido social, conduce a migraciones internas

y externas inhumanas, ruinosas hasta económicamente. En contra de una mentalidad occidental, anquilosada en sus propios problemas, desde 1961 Juan XXIII no dudaba en subrayar en la *Mater et magistra* que, a escala mundial, el problema social más urgente era el desequilibrio entre países desarrollados y países en desarrollo, y muy especialmente el desequilibrio que sufren las masas rurales. De ahí el importante capítulo de la encíclica dedicado a la economía agrícola (BAC, nº 122-149; cfr. también: *Gaudium et spes*, BAC, nº 71, par. 6).

La *self-reliance* así comprendida es un *elemento saludable* para toda la economía mundial. Cuando la ayuda internacional está orientada hacia la eliminación de la pobreza absoluta, y cuando tiene como objetivo prioritario permitir que todos los pueblos accedan, lo más rápidamente posible, al nivel donde la autosuficiencia alimenticia libera sus energías latentes, contribuye ella entonces a convertirlos en agentes dinámicos del esfuerzo común. Los países pobres que se comprometen en este camino pueden encontrar cohesión social, dinamismo y alegría de vivir, mientras que la búsqueda rígida de una mayor tasa de crecimiento del producto nacional abstracto impone excesivos sacrificios, causando la aparición de nuevas clases privilegiadas. Por lo demás, las economías ricas fundadas en el despilfarro aseguran cada vez menos la verdadera felicidad de sus pueblos. Pablo VI decía el 14 de noviembre de 1975 a los participantes en la Conferencia de la FAO:

Vosotros os interesáis directamente de la parte más numerosa y, con frecuencia, la más despreciada y olvidada de la humanidad: el mundo rural, particularmente del Tercer Mundo. Por lo demás, y esto puede parecer paradójico, la tarea económica elemental, que consiste en alimentar a los hombres constituye un precioso regulador para toda la vida económica: ella pone el acento en el escándalo de los despilfarros, cuyo carácter intolerable perciben mejor las conciencias cuando innumerables seres humanos mueren de hambre; orienta los esfuerzos hacia las ne-

cesidades verdaderas, allí donde muchas veces la economía está estimulada y desviada por las necesidades ficticias (*L’Osservatore Romano*, ed. en Lengua Española, 30 de noviembre de 1975, pág. 9).

Autosuficiencia *no quiere decir autarquía*. Ya a este nivel de la economía alimenticia, la *self-reliance* implica apertura, principio de una solidaridad más amplia. Existen realmente hoy países cuya situación climática y edáfica no permite pensar en una autosuficiencia alimenticia, sobre todo si se considera que se exponen a fenómenos de carencia muy graves en la composición del régimen alimenticio, al basarse exclusivamente en cultivos del país. Generalmente no se dará autosuficiencia a nivel nacional sino a nivel regional: de ahí la *self-reliance* colectiva. Los esfuerzos por realizar una substancial autosuficiencia alimenticia son muy aptos para desarrollar lazos de solidaridad profundos y realistas, tecnológicos y humanos, entre países pobres implicados en la misma tarea. En fin, hasta a nivel regional la autosuficiencia alimenticia difícilmente será total; por lo tanto, toda solidaridad regional deberá inscribirse a su vez en una solidaridad más amplia, en especial con los países cuya agricultura ofrezca posibilidades excepcionales.

3. Economía autocentrada

La búsqueda prioritaria de la autosuficiencia alimenticia no significa querer limitar las economías de los países pobres sólo a la agricultura o posponer el desarrollo de su economía industrial. Por supuesto que es necesaria una *economía más compleja* de tipo industrial para hacer frente a las necesidades alimenticias y al desarrollo rural. La *Populorum progressio* lo subraya claramente (cfr. nos 25 ss.). Una economía más compleja no puede tener – y no tiene ningún interés en buscarlo – el mismo grado de autosuficiencia que la

economía agrícola. Aquí el principio de *self-reliance* significa *algo más cualitativo*; a saber: que la economía de cada país encuentre, dé cauce y fortifique su *principio interno de coherencia, de regulación y de crecimiento; una economía de self-reliance, pues, es una economía autocentrada*.

Mientras una economía no se base en este principio interno de regulación, es extremadamente *vulnerable* y se expone a riesgos externos sobre los que no ejerce control alguno. Puede hasta tener fases y sectores de crecimiento, a veces incluso bastante amplios, pero en definitiva éstos la desequilibrarán siempre más y desequilibrarán el tejido socio-cultural del país, preparando crisis espantosas. Es un *crecimiento cancerígeno*.

Para alcanzar este grado de *self-reliance* más cualitativo, son una necesidad imperiosa los *intercambios* con otras economías. Lo cual demuestra una vez más que la *self-reliance* es algo diverso de la autarquía. Debe haber, pues, intercambios *diversificados* para que la economía de un país no esté fundada tan exclusivamente sobre algunos productos, o demasiado dependiente de algunos países, incluso de un país dominante o de un único sistema económico. Pero, a través de estos intercambios, el objetivo debe ser: variar las producciones de los países pobres, acrecentar su rol en la transformación de sus productos primarios, en los transportes, en el comercio de los productos transformados, en la adquisición de técnicas modernas, en el acceso a las reservas monetarias mundiales...

El principio interno de crecimiento se fortificará únicamente si la economía del tercer mundo gozará por algún tiempo de *protecciones* a sus fronteras, del apoyo a la exportación, a la vez que entra progresivamente en una *confrontación* exigente con las otras economías. Esto significa no dejar la economía a una competencia ciega – que no tiene nada de «natural» –, sino *construir espacios económicos, construir campos y reglas de competencia que den oportunidades efectivas a todos*, habida cuenta de las fases de desarrollo alcanzadas (cfr. *Populorum progressio*, nos 58-61). En particular, esto supone: una *self-*

reliance colectiva entre países pobres; una *fuerza contractual* adecuada, merced a la «sombra protectora» de los organismos de la ONU, y *negociaciones multilaterales*; nuevos tipos de solidaridades y de *coaliciones* con diversas categorías de población de los países ricos (por ejemplo, entre países productores pobres y consumidores de los países ricos).

4. Desarrollo endógeno

El *crecimiento económico* al mismo tiempo que tiene su centro de integración específico – de orden económico – está incluido, a su vez, dentro de un *desarrollo* más general y depende en definitiva de un centro de integración más decisivo, de orden socio-cultural. Este fenómeno se percibe un poco por doquier, aunque se tenga dificultad en desprenderse de una lógica principalmente económica. Sobre este punto, la *Populorum progressio* ha contribuido enormemente a hacer resaltar una noción de *desarrollo* que ciertamente incluye el crecimiento económico y tecnológico, pero que no se detiene ahí y que encuentra su dinamismo y sus decisivas orientaciones en el hombre, considerado en su totalidad. Juan XXIII habla abierto ampliamente el camino:

No hay duda de que, si en una nación los progresos de la ciencia, de la técnica, de la economía y de la prosperidad de los ciudadanos avanzan a la par, se da un paso gigantesco en cuanto se refiere a la cultura y a la civilización humana. Más todos deben estar convencidos de que estos bienes no son los bienes supremos, sino solamente medios instrumentales para alcanzar estos últimos. Por esta razón, observamos con dolorosa amargura cómo en las naciones económicamente desarrolladas no son pocos los hombres que viven despreocupados en absoluto de la justa ordenación de los bienes, despreciando sin escrupú-

los, olvidando por completo o negando con pertinacia los bienes del espíritu, mientras apeteцен ardientemente el progreso científico, técnico y económico, y sobreestiman de tal manera el bienestar material, que lo consideran, por lo común, como el supremo bien de su vida. Esta desordenada apreciación acarrea como consecuencia que la ayuda prestada a los pueblos subdesarrollados no esté exenta de perniciosos peligros, ya que en los ciudadanos de estos países, por efecto de una antigua tradición, tiene vigencia general todavía e influjo práctico en la conducta la conciencia de los bienes fundamentales en que se basa la moral humana. Por consiguiente, quienes intentan destruir, de la manera que sea, la integridad del sentido moral de estos pueblos, realizan, sin duda, una obra inmoral. Por el contrario, este sentido moral, además de ser honrado dignamente, debe cultivarse y perfeccionarse, porque constituye el fundamento de la verdadera civilización (*Mater et magistra*, BAC, nos 175-177).

Con esta ampliación y profundización de perspectiva seacentúa cada vez más el carácter *cuantitativo* de la *self-reliance*: la cual da rienda suelta a las energías y potencialidades que impiden la uniformidad unidimensional de una civilización. En este punto, la *self-reliance* significa que el país quiere contar con el *dynamismo humano que de ordinario le viene del conjunto de su herencia socio-cultural. Desarrollo endógeno*, basado en una tradición, en la libertad de un país de decidir su propio modelo económico y social, en su capacidad de decidir y orientar personalmente su futuro. La *self-reliance* está íntimamente unida a un serio análisis de las necesidades, tanto materiales como espirituales, de un pueblo y, a la vez, ella facilita tal análisis. Orienta hacia la búsqueda de estos nuevos «estilos de vida» de los que tanto se habla y de los cuales tanto urge proponer caminos concretos.

Esta dimensión cultural de la *self-reliance* es el mejor *antídoto contra el riesgo de la homogeneización* y masificación de la humanidad ac-

tual. Significa *pluralismo*, diversidad de modelos de desarrollo, afirmación y desarrollo de las distintas personalidades de los pueblos.

Así, a medida que se subraya más el aspecto cualitativo de la *self-reliance*, llegan a ser más necesarios y más fáciles los *intercambios* entre los pueblos que han alcanzado un grado mayor de seguridad en su personalidad. Intercambios de este tipo pueden entonces ser «digeridos», pueden fecundar el patrimonio nacional y desarrollar la personalidad de un pueblo mediante la apertura hacia los otros. Aquí reside todo el problema de la confrontación de las culturas, de la libre circulación de las ideas (*Acuerdos de Helsinki*, en 1975). Todo el problema también de la asimilación en profundidad de las técnicas importadas – algo muy distinto de una simple transferencia de técnicas – que vienen a fecundar la creatividad nativa en lugar de apagarla. Todo lo cual exige una política consciente, la creación de centros de búsqueda científicos y, técnicos, nacionales o regionales.

La participación en una confrontación cultural más universal da lugar plenamente al desarrollo de una *solidaridad más inmediata entre países pobres*. Es la *self-reliance colectiva de los países del tercer mundo*, basada en el modelo de solidaridad que ha permitido a los asalariados de los países industriales obtener, cuantitativamente, un peso específico mayor en la influencia sobre la evolución económica, social y cultural de estos países.

5. Independencia política

En fin, es la independencia política la *condición* histórica decisiva y al mismo tiempo la *expresión* más desarrollada de la *self-reliance* de un pueblo. Los *países industrializados* la han *alcanzado* en gran medida. Los países en desarrollo apelan espontáneamente a la noción de soberanía nacional, no ya por un simple reflejo de imitación, sino por razones más fundamentales y más duraderas. Creen que

la soberanía nacional es al mismo tiempo el *punto de partida* de su propio camino – la descolonización política es su condición previa – y una *meta* a alcanzar. «Formal» en un primer momento – lo que es ya algo muy estimable – la soberanía nacional debe lograr progresivamente su pleno contenido, precisamente a través de las diversas etapas de un desarrollo *self-reliant*, del que acabamos de bosquejar al mostrar su articulación.

(Cada comunidad política) tiene derecho a la existencia, al propio desarrollo, a los medios necesarios para este desarrollo y a ser, finalmente, la primera responsable en procurar y alcanzar todo lo anterior; de igual manera, cada nación tiene también el derecho a la buena fama y a que se le rindan los debidos honores (*Pacem in terris*, BAC, nº 86).

Pero siempre ha de tenerse muy presente una cautela: que esta ayuda a las demás naciones debe prestarse de tal forma que su libertad quede incólume y puedan ellas ser necesariamente las protagonistas decisivas y las principales responsables de la labor de su propio desarrollo económico y social (*Pacem in terris*, BAC, nº 23; cfr. también nn. 43, 92, 120, 125 y 138).

La soberanía afirma y protege la *personalidad de un pueblo frente a los otros y en el conjunto de la familia humana*. Los pueblos que tienen una conciencia más aguda de su propia personalidad y que se sienten lealmente reconocidos por los otros, se vuelven más dispuestos a comprometerse en tipos de solidaridades más amplias y más profundas, en una superación – que no significa negación – de su soberanía. También aquí la *self-reliance* implica, lejos de excluirla, una *apertura* hacia los otros. Ella no es ni el individualismo, ni el aislacionismo, ni la autarquía, sino el encuentro entre pueblos iguales.

Sin embargo, esta apertura no es automática por más que la exija una interdependencia universal en la misma «nave espacial-

tierra». La *self-reliance* no tiene posibilidad de realizarse a no ser que se cumplan efectivamente las aperturas evocadas en las diversas etapas del desarrollo *self-reliant*. Sin esta perspectiva, la concentración total de la *self-reliance* en la soberanía nacional no será más que una concentración temible de todas las formas de repliegue en sí mismo y una peligrosa acumulación de egoísmos y de agresividades. No es hoy de poca importancia el riesgo de ver el auténtico sentido nacional transformarse rígidamente en ideología nacionalista, y la independencia nacional en exaltación del Estado. La historia del Estado-nación está gravada de ambigüedades peligrosas de las que no escapa la exaltación actual de la soberanía nacional: un concepto de soberanía ilimitada; una eliminación de los legítimos particularismos regionalistas en aras de una unidad uniformada. Las viejas naciones encuentran aquí un veleno siempre fluido de tensiones y agitaciones. Si una política sagaz justifica la extrema sensibilidad de los países nuevos frente a todo tentativo de poner en discusión, mediante la fuerza, fronteras muy a menudo artificiales, debería también inspirar progresivamente ciertas revisiones pacíficas allá donde las etnias son vejadas y donde las integraciones corren el riesgo de ser demasiado difíciles y demasiado lentas, o camuflan nuevas formas de opresión por parte de grupos dominantes. Para superar estos escollos, es necesario que *el horizonte de la solidaridad* hacia el cual camina una *self-reliance* bien comprendida, favorezca él mismo los diversos esfuerzos comenzados y constituya para éstos su *fuerza activa*, específica, de atracción y de cohesión. Si la verdadera solidaridad humana sólo surge a partir de pueblos libres y responsables (*self-reliant*), en consecuencia, la auténtica personalidad de los pueblos sólo puede desarrollarse si la solidaridad mundial no se deja para el mañana, si ya desde ahora ella actúa sobre las conciencias y suscita las estructuras comunes que la expresan.

Será entonces útil rehacer ahora, bajo la luz y según la problemática de la solidaridad, el itinerario que hemos recorrido bajo la

luz y según la problemática de la *self-reliance*. Esto nos resultará tanto más fácil cuanto más habremos, ante todo, puesto en evidencia el lazo interno que se da entre la *self-reliance* y la solidaridad, especialmente allí donde se expresa con mayor vigor – en las comunidades humanas elementales.

III. SELF-RELIANCE Y PARTICIPACIÓN A NIVEL LOCAL

El movimiento de reflexión que aborda la *self-reliance* en la vida *internacional* remite de modo significativo e insistente a las condiciones *internas* de la vida de los pueblos. En efecto, si la *self-reliance* se desarrolla a través de sociedades cada vez más amplias y complejas, es sin embargo a nivel de comunidades humanas elementales que ella comienza siempre su camino y encuentra su aliento y su orientación. Es a este nivel además donde mejor aparece con claridad su carácter eminentemente social, su carácter participativo, sus lazos internos con la solidaridad humana. El proyecto RIO (Reshaping the International Order) nos lo dice de forma excelente:

De cualquier modo, es a nivel local que el desarrollo *self-reliant* adquiere todo su significado porque alcanza todo su valor cuando las comunidades locales están plenamente en condiciones de realizarlo. La participación a nivel local es una condición preliminar para lograr ciudadanos activos e informados, Y es, a su vez, también la condición preliminar para lograr ciudadanos activos en el mundo; la atención y el interés a los problemas internacionales comienza con la posibilidad de ejercer poder e influencia a nivel local. *Self-reliance* a nivel local implica descentralización – política, económica y administrativa – y, en definitiva, el desarrollo de pequeñas comunidades que se auto-determinan y se autodirigen (pág. 68).

El debate internacional redescubre, bajo una nueva óptica, todos los debates socio-políticos internos de los pueblos, campo

donde la Iglesia ha acumulado una experiencia fecunda que urge actualizar. Máxime teniendo en cuenta que, al amparo de generosas declaraciones de principio, muchos países, antiguos o modernos, están lejos de afrontar seriamente las exigencias de la *self-reliance* en su propia vida interna.

1. La participación en la vida económica

Los países que aspiran al dominio de su espacio nacional y de sus riquezas, a una autosuficiencia en materia alimenticia y para sus necesidades vitales más esenciales, a una economía autocentrada, tendrán una autoridad moral tanto mayor para apelar a la solidaridad mundial, cuanto más se muestren capaces *de hacer participar a todos sus ciudadanos* en estos beneficios. Sobre todo, no se contentarán entonces con hacer retroceder las dificultades externas que pesan sobre su crecimiento; sino que liberarán sus energías internas de donde éste recibe sus impulsos decisivos.

Esto supone una política activa de redistribución de las rentas, es decir, una participación *cuantitativa*. La Iglesia no tiene en este punto, como tampoco en otros, una solución universal ya preparada. Pero su doctrina, bien comprendida y propuesta con valentía, puede contribuir poderosamente a deshacer prejuicios que bloquean la búsqueda de las necesarias innovaciones y abrir nuevos caminos.

Así, su enseñanza sobre los bienes materiales. Ella tiende a asegurar a todos una real participación en la riqueza nacional, a través de los conductos complementarios de la apropiación privada (individual o social) y de la gestión pública de algunos elementos del patrimonio común, a la luz del principio superior del destino universal de los bienes. En nuestro folleto sobre *El destino universal de los bienes*, hemos recordado esta enseñanza. será muy útil releer los documentos más recientes en los que el Magisterio so-

cial de la Iglesia formula esta doctrina en términos modernos (cfr. *Populorum progressio*, nn. 23-24; *Gaudium et spes*, BAC, nn. 69-71; *Mater et magistra*, parte 2, c. 5: La propiedad; BAC, nn. 104 ss.).

Asimismo, su enseñanza sobre la *justa remuneración del trabajo*. Desde la *Rerum novarum*, paso a paso el Magisterio ha actualizado este concepto muy antiguo, no para determinar él mismo el montante que corresponde a cada uno – porque no es su competencia –, sino para reinsertar, en contra del pensamiento liberal preocupado del solo rendimiento, los componentes que deben tomarse en consideración si se quiere realizar la justicia en un campo tan complejo: posibilidad de vivir *humanamente* del fruto de su trabajo; de hacer frente a las responsabilidades *familiares*; de estar asegurado contra los *riesgos* de la existencia, presentes y futuros; de participar en las *inversiones productivas* mediante las cuales una generación ejerce su responsabilidad respecto a las futuras generaciones; de ver recompensado el *esfuerzo personal*... La Iglesia no ha dudado en alentar, a veces de un modo muy concreto, la búsqueda de nuevas vías que la creciente complejidad de las economías exigía para alcanzar eficazmente estos objetivos: asignaciones familiares (aportación específicamente cristiana), mutualidades y sistemas más complejos de seguridad social (cfr. por ej., *Gaudium et spes*, BAC, nº 69, par. 2), interés en las inversiones productivas (cfr. *Mater et magistra*, que preconiza un crédito de los trabajadores sobre la autofinanciación, parte 2, c. 3: La remuneración del trabajo; BAC, nº 68 ss.)... Todo esto, englobado en la idea de que la remuneración del trabajo, cualesquiera sean las modalidades usadas para organizarlo, debería analizarse como una *participación real en los frutos del esfuerzo común*, a nivel de empresa y de toda la economía nacional. Y en fin, para tener una verdadera oportunidad de determinar concretamente el montante de una justa remuneración, la insistencia sobre la posibilidad de poder discutir los términos y las evoluciones de este montante para las diversas categorías interesadas a través de contratos verdaderamente libres. Una vez más es

interesante volver a las fuentes en las que el Magisterio propone su doctrina: ante todo las más recientes (ya señaladas), por ser más próximas a nuestros días; pero, a la vez, también las más antiguas, para captar el dinamismo vivo de esta doctrina (así: *Rerum novarum*, BAC, nº 32; *Quadragesimo anno*, BAC, nn. 70-80).

Poniendo las condiciones relativas a esta participación *cuantitativa*, el Magisterio insiste al mismo tiempo sobre la participación *cuantitativa*: es decir, la posibilidad real de participar activamente en la organización del trabajo y de la vida económica a todos los niveles, habida cuenta de las condiciones modernas de la economía y del nivel cultural general. Las citas son aquí inútiles ya que esta preocupación es tan central en todos los documentos y los penetra completamente. Basta ver la *Gaudium et spes* (BAC, nn. 65, 67, 68 entre otros) y la *Mater et magistra* (parte 2, c. 4: La empresa; BAC, nº 82 ss.).

Los cristianos, asimilando este patrimonio doctrinal, tendrán un espíritu libre para contribuir, en las distintas situaciones en que se encuentren, a las iniciativas innovadoras que permitirán, desde las células económicas más elementales, desarrollar un espíritu y unas estructuras de participación y de *self-reliance* que penetrarán y orientarán toda la economía.

2. *El tejido de los cuerpos intermedios*

No sólo la economía sino toda la vida social, cultural y política debe estar bajo el control activo y solidario de los hombres, si se quiere estar al servicio del hombre. Uno de los defectos más profundos del liberalismo desde sus orígenes ha sido desconocer la vida comunitaria y su carácter profundamente humano, destruir lo que existía y prohibir, luego frenar, el nacimiento de nuevas formas adaptadas a las necesidades de los tiempos. La *Rerum novarum* lo ha atacado duramente en este punto y, defendiendo las asocia-

ciones profesionales, ha puesto de relieve razones fundamentales que valen para todo tipo de asociación. Aunque su lenguaje «esté pasado de moda», su pensamiento contiene una fuerza excepcional: «El constituir sociedades privadas es derecho concedido al hombre por la ley natural, y la sociedad civil ha sido instituida para garantizar el derecho natural y no para conculcarlo...» (*Rerum novarum*, BAC, nº 35, par. 2). «Proteja el Estado estas asociaciones de ciudadanos, unidos con pleno derecho; pero no se inmiscuya en su constitución interna ni en su régimen de vida; el movimiento vital es producido por un principio interno, y fácilmente se destruye con la injerencia del exterior» (*Rerum novarum*, final del nº 38).

Sobre este punto, el liberalismo moderno ha evolucionado tanto por la fuerza como por convicción: él ha tomado generalmente conciencia del hecho de la socialización (en el sentido de una multiplicación de los lazos sociales en extensión y en profundidad) y ha reconocido amplias libertades asociativas. Y esto, en mayor medida que los régímenes comunistas donde el dominio del partido y del Estado impide toda asociación libre, sea sindical, política, cultural o religiosa.

Sin embargo, en un mundo marcado por un empuje urbano incontrolado, las presiones centralizadoras – de origen tecnológico, administrativo, político y económico – tienden dondequiera a limitar los poderes reales de las asociaciones libres y, lo que es más grave, a desanimar toda iniciativa para crear otras. Una politización excesiva conduce a este mismo desaliento: o sea, la justa percepción de que toda acción social tiene una dimensión política ha conducido frecuentemente a la conclusión errónea de que todo se resume en la política, de que todo recibe sólo de ella su eficacia, «sus títulos de nobleza» y su orientación.

Sin embargo, se constata un poderoso movimiento de reacción contra esta evolución, el cual intenta reconstruir comunidades humanas. Pablo VI, observando estos hechos y siguiendo la per-

manente doctrina católica sobre la importancia de los cuerpos intermedios, lo apoya sin reservas en la *Octogesima Adveniens*:

Urge reconstruir a escala de calle, de barrio o de gran conglomerado, el tejido social en que el hombre pueda desarrollar las necesidades de su personalidad. Hay que crear o fomentar centros de interés y de cultura a nivel de comunidades y de parroquias, en sus diversas formas de asociación, círculos recreativos, lugares de reunión, encuentros espirituales, comunitarios, donde, escapando al aislamiento de las multitudes modernas, cada uno podrá crearse nuevamente relaciones fraternales (ed. Tipografía Poliglota Vaticana, nº 11, par. 2).

3. El principio de subsidiariedad

Acerca de todo esto, el pensamiento de la Iglesia vuelve siempre al «principio de subsidiariedad», tal y como ha sido formulado en la *Quadragesimo anno* y reiterado en la *Mater et magistra*:

Esta acción del Estado, que fomenta, estimula, ordena, suple y completa, está fundamentada en el principio de la función subsidiaria, formulado por Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*: «Sigue en pie en la filosofía social un gravísimo principio, inamovible e inmutable: así como no es licito quitar a los individuos y traspasar a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e iniciativa, así tampoco es justo, porque daña y perturba gravemente el recto orden social, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden realizar y ofrecer por si mismas, y atribuirlo a una comunidad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, en virtud de su propia naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero nunca destruirlos ni absorberlos» (*Mater et magistra*,

parte 2, c. 1: Iniciativa privada e intervención de los poderes públicos en el campo económico; BAC, nº 53).

Es este un *principio rector*, práctico, que no prejuzga soluciones concretas adaptadas a cada situación y cuyos límites deben ser bosquejados a partir de un serio análisis de las situaciones y a partir de la experiencia.

La idea central es que todo se apoya en el dinamismo procedente de las *personas* y de los grupos, cada vez más amplios y complejos, en los que ellas están insertadas; son los hombres y no las estructuras los que impulsan incansablemente toda la construcción social.

El principio de subsidiariedad *implica la oposición a la tendencia espontánea de centralizar* y programar todo autoritariamente desde arriba. Las comunidades intermedias tienen, con títulos diversos, responsabilidades propias que no deben entenderse como una «concesión» del poder político, más bien éste debe reconocerlas y ayudarlas, jamás substituirlas.

Sin embargo, no hay que presentarse este movimiento, que va de las personas a formas de organizaciones sociales siempre más complejas, como si desde el inicio abarcara a personas en la plenitud de su personalidad. En tal caso, las personas no constituirían sociedades cada vez más elaboradas – en definitiva políticas – a no ser para obtener ventajas que el individuo o el grupo de rango inferior no pueden lograr por sí mismos; pero éstas serían bastante externas al desarrollo de las personas. En realidad, la persona desde el principio es *social*, implicada de hecho en una cultura y en una organización social elaborada. En un cierto sentido, considerando las cosas en su *curso temporal*, la sociedad y su cultura son anteriores al individuo que en ellas nace. La persona no se afirma más que progresivamente, merced a este medio ambiente-portador.

La prioridad que el principio de subsidiariedad reconoce a la persona y a los grupos que ella constituye, es de otro orden, o sea

cuantitativo. Esto significa que toda la construcción social y su elaboración deben estar orientadas al servicio del dinamismo de las personas; pues éstas, en última instancia, viven gracias a las personas que las animan. La palabra *subsidiariedad* es ambigua. Mucha veces se entiende en el sentido de «secundario»: la construcción social cada vez más compleja no sería ya esencial y, al máximo, se podría prescindir de ella, al menos en sus formas más globales, políticas. Para comprender la palabra en su profundidad, conviene recordar su raíz latina: *subsidium*, ayuda. Esto significa que la sociedad más compleja, en particular política, debe procurar *ayudar* – es la palabra empleada por el Papa al final del texto ya citado – a las sociedades más elementales y a las personas; jamás substituirlas; debe ayudarlas en su dinamismo de libertad, procurar de facilitar este dinamismo y crear las condiciones generales que lo favorezcan de una manera solidaria. En suma, ayudar a las personas y a los grupos intermedios a liberar su propio centro de cohesión y de vida.

Es verdad que *el papel de la sociedad más global, política*, no es en modo alguno secundario. *Es necesario y esencial*. Normalmente se le califica con una serie de verbos muy activos: «animar, estimular, coordinar, suplir e integrar», entre los que el verbo «suplir» (reemplazar en caso de carencia) no es el más importante.

El principio de subsidiariedad, central en la doctrina de la Iglesia, en definitiva afirma que toda construcción social se hace para el hombre y a partir del hombre:

La solidaridad universal viviente se construye progresivamente partiendo de las solidaridades más inmediatas, en que los hombres y los pueblos desarrollan su personalidad según su creatividad propia, en un medio ambiente del que son responsables más directamente, en el movimiento de una historia que les permite recoger la herencia cultural de las generaciones pasadas y emplearla en construcciones nuevas... Pero es importante abrir incansablemente los grupos particulares al horizonte de solidaridades más amplias... (Discurso de Pablo VI a los

participantes en la Conferencia de la FAO, el 14 de noviembre de 1975; *L'Osservatore Romano*, ed. en Lengua Española, 30 de noviembre de 1975, pág. 9).

IV. EL HORIZONTE DE LA SOLIDARIDAD

1. *La self-reliance y la solidaridad: una tensión secunda*

Como ya se ha indicado al principio, el proceso de la *self-reliance* sólo puede desarrollarse en un medio-portador de solidaridad. El se alimenta de solidaridad y a ella conduce. La insistencia primaria en la *self-reliance* se justifica fundamentalmente por el hecho de que el hombre es «el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales» (*Gaudium et spes*, BAC, nº 25, par. 1), en las que él construye su destino solidario con los otros hombres.

Sin embargo, existe actualmente una tendencia que, recalando demasiado exclusivamente el tema de la *self-reliance*, supone con demasiada ligereza que la conciencia de la solidaridad está suficientemente ya desarrollada por el simple hecho que estamos todos embarcados en la misma «nave espacial-tierra»; igualmente existe una tendencia que aplaza para un futuro lejano, después de una fase de «recuperación» apoyada completamente en el signo de la soberanía nacional, la insistencia en los conceptos ligados a la solidaridad universal (como la noción del patrimonio común de la humanidad) y en la implantación de las estructuras que las expresan; finalmente existe una tendencia a esperar que la *self-reliance* se supere y transforme a sí misma, con el solo pasar del tiempo, en una solidaridad más universal y más orgánica.

En realidad, pero sin perder el beneficio del elemento motor principal que constituye la *self-reliance*, es necesario reforzar este acercamiento mediante otro complementario que parte más explícitamente de la noción de solidaridad universal y de las conse-

cuencias estructurales que ésta implica. Existe una tensión fecunda entre la *self-reliance* y la solidaridad que hay que mantener, para hacer ver cómo ellas están orientadas internamente la una hacia la otra. La concepción cristiana del hombre como *persona*, a su vez *individualidad irreducible* y *apertura* hacia los otros, ayuda a mantener esta tensión. La *Gaudium et spes*, al describir en la primera parte la vocación humana toma sus características de la «dignidad de la persona humana» (c. 1) y de la «comunidad humana» (c. 2); en conclusión, la actividad humana en el universo es inseparablemente a la vez individual y social (c. 3).

Uno de los dramas de la historia contemporánea es que la *corriente liberal* habla captado muy bien el *dinamismo del individuo* en contraposición a una sociedad de «ancien régime», cuyas estructuras muy «integradas» no han sabido dar el debido lugar a las aspiraciones legítimas y crecientes del individuo. Pues esperaba de una exaltación unilateral del individuo y de su libertad, la realización de una humanidad fraternal como una especie de consecuencia obligada. La corriente liberal ha aislado en realidad el hombre frente al Estado, deshaciendo todo el tejido de los cuerpos intermedios sin permitir a cuerpos más modernos de tomar el cambio. También lo ha aislado frente a los más poderosos, sobre todo en economía, en un momento en que ésta, con la primera revolución tecnológica, sometía la sociedad a una desestabilización peligrosa. Conocemos el resultado: el aplastamiento muy frecuente del más débil por el más fuerte. La *corriente socialista*, a su vez, reaccionando contra este estado de cosas, ha recalcado la *solidaridad*. Pero también ésta, de forma unilateral y a menudo colectivista, esperaba que la libertad surgiese a su vez como automáticamente de la colectivización. Sus resultados todos los conocemos.

En realidad, si desde el inicio se deja de lado uno de los dos elementos constitutivos de la persona — inseparablemente individuo y apertura hacia los otros — el otro no aparece automáticamente, ni se reincorpora más que a través de muchos sufrimientos

y rebeliones. Según sea el caso y la situación, es legítimo poner el acento sobre uno u otro de los aspectos, pero siempre sin dejar de lado, aunque sea provisionalmente, el elemento complementario. No se trata, pues, de una especie de compromiso estático entre dos corrientes, de una «tercera vía» que eliminaría, con las tensiones, la vida misma. Se trata de una superación dinámica de la una como de la otra, en su parcialidad, con el fin de encontrar modelos que no coarten ni la libertad de los individuos ni su desarrollo solidario.

Este problema se percibe mejor hoy en los grandes debates en curso. Sin embargo, una cierta inflexibilidad en la afirmación de la soberanía *nacional* corre el riesgo de frustrar la aspiración a un nuevo orden *mundial*. En todos los niveles en que se afirma, la *self-reliance* debe ser realizada con atención a las exigencias actuales de una solidaridad para todos y al enriquecimiento recíproco que deriva de los intercambios de cualquier tipo.

2. La solidaridad es también un dinamismo regulador

Hemos reconocido el fundamento de la aspiración por cada país, de *un dominio del espacio nacional y de sus riquezas*. Nuestro folleto anterior «El destino universal de los bienes» ha mostrado que la apropiación particular no constituye para nadie, individuo o pueblo, *«un derecho incondicional o absoluto»* (cfr. *Populorum progressio*, nº 23): dicha apropiación está precisamente bajo el signo del «destino universal de los bienes». Principio éste que penetra y que devuelve a su destino social todo uso de bienes poseídos de un modo particular. Principio también que exige, a todos los niveles, el mantenimiento o la constitución de bienes que, administrados como *«patrimonio común»*, escapan a la lógica de la apropiación, expresan y promueven activamente el sentido de la solidaridad,

especialmente entre los pueblos. Un principio, pues, dinámico y regulador.

La *autosuficiencia en materia alimenticia y en las necesidades vitales más esenciales* es un imperativo muy urgente. En este punto, la aportación directa del sentido de la solidaridad inspirará sobre todo una *self-reliance* colectiva entre los países pobres vecinos, que deben conjugar sus esfuerzos para alcanzar juntos el objetivo propuesto. Y, además, orientará la ayuda de los países ricos hacia la preocupación primordial de eliminar activamente la pobreza absoluta.

Ciertamente es legítima la voluntad de desarrollar economías nacionales que tengan en sí mismas su centro de integración: *economías autocentradas*. Pero, como hemos visto, cuanto más encontramos este aspecto «cualitativo» de la *self-reliance* tanto más el intercambio activo y diversificado es la condición misma del objetivo que se pretende alcanzar. Ahora bien, en la presente crisis, hay el grave peligro de volver a un proteccionismo de corta visión; de sustraerse a toda innovación que traduciría en estructuras originales y disciplinas exigentes la mutua dependencia de las economías. Sólo una toma de conciencia más profunda de la solidaridad universal puede en este punto liberar energías creadoras para arriesgar caminos nuevos, especialmente en la dirección de fondos mundiales (cfr. *Populorum progressio*, nº 51).

Cuando se trata, — más allá del mero crecimiento económico —, del *desarrollo socio-cultural global de cada pueblo* se hace todavía más urgente, a medida que cada uno ahonda en su propia tradición, ayudar este esfuerzo mediante el redescubrimiento de los valores humanos comunes. En el fondo, cuando la Iglesia insiste en una *«naturaleza humana*, está defendiendo ante todo la simple idea de que en el hombre hay una realidad común y permanente que perdura y crece a través de la rica diversidad de culturas y de épocas. Los cristianos faltarían gravemente a su responsabilidad histórica presente si abandonaran este patrimonio doctrinal. Deben expre-

sarlo en formas renovadas, accesibles a los hombres de nuestro tiempo.

Juan XXIII, en la *Pacem in terris*, se alegraba del acceso de los pueblos colonizados a la independencia política (nº 43) y describía concretamente su *igual soberanía* como «*derecho a la existencia, al propio desarrollo, a los medios necesarios para este desarrollo y a ser, finalmente, la primera responsable en procurar y alcanzar todo lo anterior*» (nº 86) al abrigo de toda usurpación de su independencia (cfr. nº 123). Sin embargo no aplazaba para el mañana la necesaria construcción orgánica de una comunidad humana mundial, dotada de una autoridad apropiada (cfr. nn. 132 ss.). Una construcción, repetía el Papa, que debía fundarse en un acuerdo libre de pueblos iguales en dignidad (cfr. nº 138); pero también que debía estar motivada por una realidad moral superior que se impone a las naciones, a saber: la unidad de la familia humana, a la cual la socialización actual (no en el sentido pasivo de un estado de hecho, sino en el sentido activo de una multiplicación y de una intensificación de las relaciones entre los hombres y los pueblos) urge dar formas orgánicas apropiadas. Pio XII ya lo señalaba:

... el hecho manifiesto de que las relaciones entre los individuos pertenecientes a distintos pueblos y entre los mismos pueblos crecen en extensión y en profundidad, hace cada día más urgente la regulación de las relaciones internacionales privadas y públicas, tanto más cuanto este acercamiento está determinado no sólo por las posibilidades técnicas incomparablesmente mayores y por la libre elección, sino también por la acción penetrante de una ley inmanente de desarrollo... El mismo progreso técnico ha despertado la fe, latente en el espíritu y en el corazón de los individuos, en una comunidad superior de hombres, querida por el Creador y que hunde sus raíces en la unidad de su origen, de su naturaleza y de su fin... El camino que conduce a la comunidad de los pueblos y a su constitución no tiene como norma única y última la voluntad de los

Estados, sino ante todo la naturaleza o mejor el Creador... (Discurso a la Unión de los Juristas católicos italianos, el 6 de diciembre de 1953; traducción de la Comisión Pontificia «*Iustitia et Pax*»).

Y en el Congreso de Pax Romana, él añadía:

Si el cristiano ve bosquejarse, bajo la presión de los acontecimientos, una comunidad internacional cada vez más inseparable, sabe que esta unificación querida por el Creador, debe conducir a la unión de los espíritus y de los corazones, en una misma fe y en un mismo amor. No sólo puede, sino que debe trabajar por el advenimiento de esta comunidad todavía en gestación... (27 de abril de 1957; traducción de la CPJP).

Pablo VI en su discurso del 14 de noviembre de 1975 ante la FAO, ya citado, advertía:

... Es importante abrir incansablemente los grupos particulares al horizonte de solidaridades más amplias... Este movimiento se aprovisiona de energías nuevas para desarrollarse cuando la solidaridad universal logra tomar cuerpo en las instituciones comunes, con orientaciones comunes (*L'Osservatore Romano*, ed. en Lengua Española, 30 de noviembre de 1975, pág. 9).

En estos textos es obvio como el movimiento de la *self-reliance*, lejos de bastarse, exige el movimiento complementario de la solidaridad y recibe de él nuevas energías. La solidaridad activa y orgánica permite superar la polarización entre la «identidad cultural» y la interdependencia creciente de los pueblos. Es ella también la que permite a todos los países intervenir realmente en las mayores decisiones que conciernen al desarrollo de la humanidad: aspiración central de los países del tercer mundo cuando ellos hablan de *self-reliance*.

Por lo demás, no debe concebirse esta solidaridad orgánica bajo la forma rígida de un tipo de gobierno mundial que no haría sino extender a toda la humanidad estructuras idénticas a las de los estados nacionales. Construidas sobre la noción de *self-reliance*, las solidaridades orgánicas deseadas serán distintas: algunas más institucionalizadas, otras más flexibles. El Instituto Internacional de Estudios Sociales del BIT, partiendo de la experiencia del BIT que busca la cooperación tripartita de los Estados, de las organizaciones patronales y sindicales de los trabajadores, trata de profundizar la noción de «contratos de solidaridad», la cual puede alentar nuevas reflexiones sobre la soberanía política. De la misma manera, las investigaciones del proyecto RIO sobre el tema de las soberanías «funcionales» (Ver nuestro folleto anterior: «El destino universal de los bienes»).

3. Solidaridad y caridad

De suyo, la noción de solidaridad es *abierta*. Sin negar las solidaridades particulares, esta noción invita a integrarlas en una solidaridad siempre más amplia y más universal. No obstante, debido al clima cultural reinante, la palabra se ha endurecido en solidaridades particulares, a menudo exclusivas y agresivas. Es necesario un esfuerzo explícito para devolverle su verdadero alcance.

Para contribuir a superar este bloqueo, provocado en gran medida por el clima de secularización, es urgente que los cristianos vuelvan a discutir atentamente el concepto y la realidad irremplazables del amor, de la caridad, con su resonancia profundamente humana y su dimensión específicamente teológica. Pablo VI ama volver, particularmente a partir del Año Santo, sobre el concepto de «civilización del amor».

La unidad de los hombres, creados a imagen de Dios que es Amor, tiene su fuente en Dios (cfr. *Gaudium et spes*, BAC, nº 24).

Su lazo es el amor fraternal, que no conoce límites ni en extensión — abraza a todos los hombres —, ni en intensidad: «*como Jesús nos ha amado*». Mandamiento supremo que resume todos los otros. Todos los otros valores humanos son juzgados por esta caridad, y no a la inversa. Sólo del amor ellos reciben su plenitud. Incluida la justicia. Para un cristiano, la cuestión última será siempre: ¿los esfuerzos por una mayor justicia «se bañan» en el amor, se dejan penetrar por él y adquieren así su verdadera dimensión (sin perder su propia consistencia)? O, por el contrario, ¿el amor evangélico fluye sobre ellos como sobre un cuerpo impermeable por estar endurecidos en una lógica de egoísmo o de odio?

Como el fundamento último de la *self-reliance*, de la vocación del hombre a asumir la plena responsabilidad de su desarrollo (cfr. *Populorum progressio*, nn. 15 y 16), se encuentra en su dignidad de hijo de Dios, igualmente la solidaridad se enraíza y se alimenta en definitiva del amor divino, que el mismo Espíritu de Dios derrama en los corazones humanos. Los cristianos tienen como misión unir una y otra, a su fuente divina que les da, con las motivaciones supremas, su impulso, su rectitud y su fecunda interacción, sin hacerles perder por ello, en los distintos niveles en que ellas buscan realizarse, su consistencia humana, sus motivaciones específicas y sus propios caminos.